

# Acto de Jóvenes Revisionistas en el Hueco de los Sauces



Discurso del presidente de Jóvenes Revisionistas, Gabriel O. Turone.

Camaradas, compañeros, señoras y señores:

En este sitio convertido hoy en plaza pública, hace 160 años se produjo un hecho que marcó, definitivamente, los destinos nacionales. Un gaucho con prendas de brigadier general, abandonado y agotado, daba su último galope en la patria que ayudó a engrandecer y que, esa misma tarde, sucumbía merced a los intereses de malos argentinos que entregaban su honor, su historia y sus tradiciones a la vorágine extranjera.

Llamado entonces como “Hueco de los Sauces”, este espacio agreste fue testigo imperturbable de la Renuncia de la Patria, del hombre que había batallado sin descanso por el mantenimiento de una dignidad que nunca más, desde el 3 de febrero de 1852, volvió a presentarse por estos pagos de la América sureña. Ese hombre era Juan Manuel de Rosas quien, clandestino pero viril, intentó que hasta sus últimos instantes como gobernador guardasen el decoro y la investidura. Por eso, debajo de un gran ombú hoy desaparecido, pidió un lápiz y una hoja no muy prolija para atestiguar ante su ayudante, Lorenzo López, que daba por concluida su obra de gobierno y diciendo, con un magnífico realismo, que **“si más no hemos hecho, es porque más no hemos podido”**. Con suma caballerosidad hasta pidió disculpas por la defectuosa letra que dejó sentada en ese papel que apoyaba sobre el lomo de su caballo, al tiempo que deseaba que las nuevas autoridades tengan, a partir de allí, la mejor de las venturas. ¡Vaya modo de comportarse la de este gaucho que así se despedía para siempre de su patria, la Confederación Argentina!

La historia dirigida celebra hoy, 3 de febrero, el supuesto inicio de nuestra “organización nacional”, y por eso sus personeros desarrollan actos y homenajes a la figura de Justo José de Urquiza, protagonista principal de nuestro ocaso como nación. Pero nosotros, Jóvenes Revisionistas, estamos aquí no para celebrar a los traidores que vencieron a la patria, sino para desagrar al Restaurador de las Leyes y para objetar los logros de la llamada “organización nacional” que no organizó nada y que tampoco fue siquiera nacional.

La renuncia de Rosas no fue simplemente la caída de un hombre, sino el extravío de nuestro destino como país. Una patria de raigambre criolla daba lugar a otra que miraba al exterior en busca de valores postizos, en donde, como luego se comprobó históricamente, era menester la eliminación del negro, del mestizo, del gaucho y del indio, amigos todos de Juan Manuel de Rosas. Socialmente, la Argentina que se iba daba espacio a otra que importaba capital humano extraño, ocurriendo el desplazamiento sangriento y genocida de los grupos sociales nativos, método racista que la "civilización" acometió sin piedad contra lo que ellos, los vencedores de Rosas, llamaban la "barbarie".

Así fue como, en los años posteriores a la Federación, los malones acudieron a ensombrecer los pueblos fronterizos, hechos que habían prácticamente desaparecido cuando el rosismo, y todo en razón de las injusticias que ahora se sucedían contra sus tribus. La población negra fue 'carne de cañón' para las batallas intestinas que durante el régimen de Rosas habían mermado sensiblemente luego de 1841, y por eso hoy nuestro país ha sepultado los bailes y costumbres de los negros que, justamente, efectuaban memorables candombes en lugares como éste en donde hoy nos encontramos. No por nada, en los censos bonaerenses de 1854, 1882 y 1890 no se dan a conocer datos sobre la población negra en nuestro país, y en pleno auge de la "organización", año 1895, a los negros se los da por "desaparecidos".

El gauchaje debió hacerse matrero en medio de una guerra jurada por los elementos de la "civilización" unitaria triunfante. Así, las tropas de línea porteñas, pronto desparramaron sus batallones y fusiles para enfrentar a las montoneras de lanza y tacuara, en una lucha desigual que, a la larga, tuvo un claro vencedor. El drama del "Martín Fierro" tiene su origen a partir de la renuncia de Rosas, lo mismo la derrota de Santos Vega ante Mandinga, en aquella payada última y definitiva en que vence el progreso.

Después de Rosas, las administraciones subsiguientes tendrán un comportamiento que hoy ya es moneda corriente, pues pusieron en práctica la corrupción como método para gobernar. Y ni hablar de las confiscaciones que también utilizaron con saña sin igual, práctica que Rosas había abolido por un decreto del 20 de mayo de 1835. Declarados enemigos del Restaurador, harán con posterioridad elogios por la corrección y mesura con que fueron manejados los fondos del erario público cuando gobernaba. Por ejemplo, José María Ramos Mejía dirá: **"...no me hubiera animado en otro tiempo a llamar las cosas por su nombre, es decir en alta voz, que en el manejo de los dineros públicos y a la luz de la documentación, Rosas no fue un ladrón vulgar como afirmaron sus enemigos (...) en el manejo de los dineros públicos, Rosas no tocó jamás un peso en provecho propio, vivió sobrio y modesto y murió en la miseria"**. De las acusaciones que pesaron sobre el Rosas renunciante, exiliado y pobre, de que fue "ladrón" o "corrupto", jamás se ha presentado una prueba de ello, ni siquiera en el juicio-espectáculo que le endilgaron, en ausencia, los unitarios liberales.

Los funcionarios de Rosas proponían soluciones autóctonas y eminentemente criollas. Es que los federales fueron una garantía para la tradición, y una custodia fiel del territorio, al punto de ser Rosas el primer mandatario que se ocupó por bregar, año tras año, por los derechos argentinos sobre las islas Malvinas. Los federales suponían fidelidad al orden constituido y abogaban por un sistema nacional y evolutivo de economía política, como la famosa Ley de Aduanas, cuyos

tempranos contenidos preceden al desafío de la economía cosmopolita de Adam Smith, puesta en práctica en 1840 por Federico List con su Sistema Nacional de Economía Política.

Recetas telúricas, carentes de abstracciones filosóficas, evitaron por décadas que nos veamos postrados a la innoble condición de **"colonia próspera"**, como caímos ya entrado el siglo XX, o de **perpetuo subdesarrollo** como nos ha catalogado el mundo desde entonces. Ya sin el sello argentino que a su obra de gobierno le impregnaron los dirigentes federales, obra que buscaba nutrirse de sus propias realidades históricas y sin echar mano a programas ideales o exóticos con desarraigo popular, el rumbo de la Patria ha sido insignificante y bochornosamente confundido en el concierto de los demás países. Y todo pese a que Rosas había derrotado el flagelo de la anarquía, germen con el que se había vivido desde 1810 hasta su arribo a la gobernación de la provincia de Buenos Aires en 1829, todo lo cual dejó el camino libre para la sanción de una Constitución Nacional.

Con la caída del hombre que "Cultivó su campo y Defendió la patria", la Confederación Argentina vivió escarnecida y monopolizada por el insensible poder financiero británico y la oleada cultural afrancesada. Estos anclajes, que todavía subsisten en nuestro presente, vienen merodeando desde hace 160 años en la vida nacional, y como todavía insuficiente contrapeso a tanta barbarie, se alzó el revisionismo histórico para dar una batalla cultural que aún le es adversa.

Aquí, en este sitio del sur de la Capital Federal, inhóspito para muchos pero sufriente para el pueblo argentino, cuelga el pendón ennegrecido de nuestra desdicha más profunda. ¡Aquí renunció la patria, señores! Por eso estamos en este sitio, porque como buenos y leales federales que somos, Jóvenes Revisionistas pretende, una vez más, estar en las buenas y en las malas del lado de los que como Juan Manuel de Rosas dieron todo de sí, hasta la muerte y el exilio, por unpreciado bien que todavía es una deuda pendiente.

Muchas gracias.